... Psicología evolutiva, algunos aspectos de la evolución psíquica y moral del niño. El primer periodo en la evolución infantil es el denominado sensomotor, que llega aproximadamente hasta los dos años. En esta etapa de su vida el niño tiene una inteligencia totalmente práctica, no reflexiva. Tomará a su propio cuerpo como punto de apoyo absoluto. Necesita ser egoísta porque es su propio ego, su propio yo, lo que le sirve para entender la realidad. Es la etapa en que todo se reduce a motricidad. En principio serán los movimientos del propio cuerpo y el contacto del mundo exterior con él,

ese cuerpo, lo que le hará desarrollar la inteligencia. Por otro lado, este egocentrismo motriz implica a la vez un egocentrismo en el juego. El niño no puede aún en esta edad comprender nada de reglas colectivas de juego. Toda regla de juego distinta a la marcada por él le parece sin sentido. El pequeño sólo entiende a los demás desde sí mismo. Con todo, este egoísmo no es para el niño perversión moral, sino algo inevitable para su propio desarrollo. El segundo periodo del niño es el llamado representativo preoperatorio, que va aproximadamente de los dos a los siete u ocho años. En este nivel aparecen la función simbólica y la semiótica, gracias a las que el niño puede representar objetos o acontecimientos no perceptibles actualmente, evocándolos por medio de símbolos o signos diferenciados, en el lenguaje sobre todo, en que la función simbólica permite a la inteligencia sensomotora de la etapa anterior prolongarse en pensamiento. El pensamiento es un elemento que se puede utilizar para hacerse más fácil de entender.

El pensamiento exige una distancia con respecto a los objetos. De todas formas, el pensamiento es aún concreto. Aún no capta bien la noción de espacio-tiempo. Imprimir mentalmente una rotación a un cuadrado, representándose en cada 90 grados la posición de los lados distintamente coloreados, es más difícil y complejo que el dar simplemente la vuelta material al cuadrado y comprobar su forma y propiedades. Por otro lado, el abandono del propio cuerpo como centro referencial absoluto también es costoso. El niño tarda en descentralizarse, en situarse como uno más, no solamente en relación con el conjunto de las personas, sino también de las cosas. Esto, repetimos, es difícil. El niño imagina que una decena de fichas alineadas suman un número mayor cuando están separadas. Que una recta es un camino más largo que una misma quebrada. Que la distancia entre A y B es más grande que la distancia entre A y B. Y B no es la misma que entre B y A, sobre todo si están en pendiente.

cantidad de líquido que hay en un recipiente A crece si se vierte en un recipiente B más delgado, etcétera. No entiende que si A es B y B es C, entonces A es C, etcétera. Desconoce en suma la lógica de relaciones. Los niños de esta etapa quieren estar juntos pero obran sin consideración de los demás. Todavía a los cinco años, en un juego colectivo, cada cual aplica las reglas a su manera y todo el mundo gana a la vez. El periodo operatorio que sigue a este va de los años anteriores hasta los 11 o 12. Ahora se resuelven los problemas antes insolubles gracias a la llamada reversibilidad operatoria, que incluye el dominio de las disociaciones, desplazamientos, reciprocidades, inversiones, etcétera. Sin embargo, aún estas operaciones se refieren a objetos y no a hipótesis enunciadas verbalmente.

bajo la forma de proposiciones. Con todo nace la cooperación. Cada jugador respeta las reglas de juego comunes, intentando superar y dominar a sus vecinos, aunque permanece un cierto egocentrismo residual de etapas anteriores, que se patentiza si se le pregunta al

niño por su juego. Entonces dará versiones muy distintas a las de los otros niños. La última etapa es la adolescencia, que va de los 11 o 12 años en adelante. A partir de ahora, el niño no se refiere solamente a objetos o realidades directamente representables, sino también a hipótesis, a operaciones llamadas proposicionales, como son las implicaciones del tipo, si tal cosa, entonces, o las disyunciones del tipo, o tal cosa, o tal otra. Estas operaciones representan dos nuevos caracteres. Primero exigen una combinatoria aplicada, y la segunda, una combinación de las dos. La primera es la combinación de las dos, y la tercera es la combinación de las dos. La primera es la combinación de las dos.

Segundo, a cada operación le acompaña su inversa. Es en esta etapa donde aparece el estadio de la codificación de reglas. En adelante, no sólo las partidas quedan reguladas minuciosamente en los más mínimos detalles de procedimiento, sino que concuerdan sobre su uso y sus posibilidades varias por parte de sus agentes. Respecto a la conciencia de la regla, esta es considerada como una ley emanada del consenso mutuo, que es obligatorio respetar si se quiere ser leal, pero que puede perfectamente modificarse por la voluntad de los participantes, siempre que lo deseen, estando por lo tanto muy lejos del estadio egocéntrico o el subsiguiente, en que la regla de juego era considerada sagrada e intangible, de origen adulto y esencia eterna, ante la ley de la codificación de reglas.

la cual toda modificación sería una transgresión. El niño que utiliza muy pronto el lenguaje adulto y el sistema de conceptos generales y abstractos ha abandonado ya los residuos de etapas anteriores, ya no vive manteniendo la fantasía, ya no lucha entre sus símbolos individuales y motivados y los signos generales y abstractos. Para que el signo haya seguido al símbolo ha sido preciso que toda una colectividad borre de la imaginación de sus individuos aquella que tiene de fantasía personal y se elaboren toda una serie de imágenes obligatorias y comunes, de acuerdo con el código de las propias reglas. He aquí pues que el niño ha superado el realismo moral de las etapas anteriores. El realismo moral vivido por el niño en sus estudios más infantiles consistía en considerar como subsistentes en sí mismos los deberes, como si éstos fueran independientes de la conciencia y las circunstancias del individuo. Y así para el pequeño, cualquier acto que respondiera a la obediencia. Las reglas participan, pero la contribuyen a la percepción, al Bullet Libra, a las registraciones y should be sound accepted ret살padasat las frecuencias de una persona, a las enemigas, a las victorias poster𐑈 stars purificadas a las diferencias, a las terminadas, a las decepciones para la transformación cultural de todos s.' Son esos símbolos daterosos, naturalmente cultivados, en riga, y lo muestran aleatoriamente, YOUR TITUS LATINO POL stand著 per si según устâng-de-ls¹ autou mencionado la fórmula ? La cosa no puede afin revive to surrounds- Если le gustaría prestaгования

Las reglas dadas por el adulto era bueno, fuere como fuere su contenido, y malo en sentido contrario. Para el niño de edades anteriores, pues la regla no era una realidad elaborada por la propia conciencia, sino más bien algo revelado e impuesto por un adulto que siempre llevaba la razón. Por otra parte, y en virtud de dicho realismo moral, la regla era observada al pie de la letra y no en espíritu. Por todas estas razones, y antes de los doce años, muchas veces los pequeños valoraban la gravedad de la mentira, no en función de las intenciones del autor, sino de la falsedad objetiva de las afirmaciones. Ello tiene su explicación. Los adultos, ignorantes de la mentalidad infantil, a menudo, a cada momento, se encolerizan con las torpezas infantiles, por haber roto, manchado o estropeado algo, etc. El niño, en consecuencia, toma buena nota de las cóleras adultas, creyendo que ha obrado

naturalmente mal. Precisamente porque el adulto se ha irritado, aunque el propio niño no tuviese mala intención. Cuando el pequeño declaraba mala a un niño, el niño se ha irritado.

una niña que había hecho un agujero en su vestido, estaba expresando que ha perjudicado a sus padres, aún sin intención de hacerlo, y que precisamente por esta ofensa a los padres merece sanción. En la medida en que los padres y educadores no saben comprender la situación y se abandonan a su mal humor en función del estropicio de la materialidad del acto, el niño empieza por adoptar como regla de moralidad el criterio de cuantificación que se resume así, a más loas y premios, mejor acción. En la medida, por el contrario, en que padres y educadores saben ser justos y, sobre todo, en la medida en que con la edad el niño opone a las reacciones adultas su propio consentimiento, la responsabilidad objetiva pierde importancia. Por lo que respecta a la mentira, la situación era la misma desde la perspectiva del realismo moral anterior a los 12 años. El niño se sentía llevado espontáneamente a transformar la verdad en función de sus propios deseos, la llamada verdad negativa. Y a ignorar el valor de la verdad.

valor de la veracidad. La regla de no mentir impuesta por la presión adulta le parecerá tanto más sagrada y exigirá a sus ojos una interpretación tanto más pura cuanto menos corresponda a una necesidad auténtica interior a su espíritu. Solo cuando los hábitos de cooperación convenzan al niño de la necesidad de no mentir a partir de la edad de 12 años, la regla se hará para él comprensible y vendrá la responsabilidad subjetiva. En general esto viene a significar que la necesidad de decir la verdad sentida por el niño e incluso de buscarla por sí mismo solamente es concebible en la medida en que el individuo piensa y actúa no egoísticamente sino comunitariamente en función de un grupo social. Esto implica que desde el terreno de la pedagogía haya que recomendar a los padres una función menos autoritaria que la habitual si se quiere que al llegar a los 11 o 12 años los niños se desarrollen en plena autonomía moral. De lo contrario esto jamás será posible en el futuro. Y el supuesto adulto será toda su vida moralmente.

un menor de edad. Cuando la mayoría moral de edad se produce, el niño ya no creerá que la expiación de la culpa es el único criterio de comportamiento moral, a más castigo más culpa, sino que todo habrá de cooperar a la utilidad, a la función comunitaria y preventiva del comportamiento. Todo elemento material de castigo sería inútil si no se comprendiese que la maldad de la acción intencionada rompe la cooperación y los lazos del juego común. En suma, la gran diferencia entre la obligación y la cooperación, o entre el respeto unilateral y el apoyo mutuo, es que la primera impone creencias o reglas determinadas, que hay que adoptar en bloque, mientras que la segunda solamente se propone adoptar un método. Método de la cooperación.

de control y de respeto que sólo puede existir en tanto en cuanto sean recíprocos y libremente aceptados. La moral egocéntrica es así entendida, siempre una moral infantil, necesitada de autoritarismo y de dependencia, creadora de falsos respetos y de muchas intransigencias. Por el contrario, la moral del apoyo mutuo es una moral cooperativa, racional, progresiva, perfectible, capaz de hábitos de comprensión y de diálogo. Frente a la moral cerrada del pequeño, el niño de los 12 años puede entrar ya en posesión de una moral abierta, participada, autogestionada, mancomunada, puesta en común y comunicable al resto. Sólo ésta merece un lugar en la comunidad de adultos. La moral adulta que hay que ir preparando en el niño, a lo largo de toda su evolución, ha de entonar un canto a la

libertad, la autonomía, a la vez que la cooperación. Todo esto no es una moral de la vida, sino de la vida de los niños. La moral adulta es una moral de la vida, no es una moral del dogma, ni de la insolidaridad, ni de la irracionalidad, como se da en el

llamado realismo moral infantil. En definitiva, la persona que se queda en su primera etapa infantil de desarrollo moral será físicamente adulta, pero afectiva e intelectualmente niña. Y la sociedad que favorece la moral autoritaria y egoísta es igualmente una sociedad infantil, en modo alguno adulta y madura para enfrentarse con su destino y con su propia historia. Esa historia que a todos los hombres pertenece por igual. Gracias por ver el video.